

# Para recordar la poesía de Gaitán Durán

Escribe: FERNANDO CHARRY LARA

Creo haberle conocido hacia el final de sus estudios universitarios por los lados de "La Fortaleza", luego de los mediodías y tardes del "Asturias", pero tal conocimiento debió ser en extremo breve y hoy lo imagino imprecisable. Después se me presenta su delgada figura, su compañía por la calle con libros y abrigo bajo el brazo o en la conversación del café, habiéndosele acentuado en firmeza con los años las líneas del rostro, en el que dominaba en boca, ojos, dientes, una alegría tenaz. Sus rasgos acusaron bien pronto empeño varonil, reciedumbre de carácter, rigor ante los demás y ante sí mismo; sabían también reflejar la razón verdadera de sus dudas e insatisfacciones. Como el trato social era estímulo de su inteligencia y temperamento, compensaba sus encierros, desde entonces, con largas horas cordiales de reunión. Su amistad fue siempre generosa, entera, sin sombras.

No hizo parte del grupo de poetas que sucedió a *Piedra y cielo*, el cual se orientaba aún, en la mayoría de ellos, dentro de tendencias dominantes en aquel momento de la poesía colombiana. De ese grupo iba a surgir, en algunos, una separación definitiva con la obra de sus antecesores inmediatos. Unos años menor, Jorge Gaitán Durán pudo quizá advertir, en el despertar de su vocación poética, la lucha que se planteaba por lograr para la lírica, llena entonces de intenciones formales, una mayor densidad. Debió atraerle vagamente la reacción hacia una poesía que ha pretendido ser menos esbelta que expresiva. Aunque no fuese del todo decidida, su preferencia se orientaba también en la búsqueda de una nueva dimensión imaginaria.

Su primer libro de poemas, que aparece en 1946, muestra ya, a pesar de cierto balbuceo inicial e ineludible, la separación que intenta de una temática y unos tonos anteriores en nuestra poesía. *Insistencia en la tristeza* recoge los versos escritos hacia sus veinte años, naturalmente impregnados de sentimientos y ardores juveniles. Su nombre mismo anuncia el halago de la pesadumbre. Sus desolaciones son literarias o demasiado humanas, como se quiera, pero corresponden a un ciclo vital. Junto a su libertad frente a las corrientes imperantes, se anuncia en él uno de los

dones a que jamás fue extraña la obra de Gaitán Durán: la hermosura de la palabra. Quien relea estas páginas, un tanto olvidadas por la mayor significación que posteriormente alcanza su obra poética, no dejará de reconocer en ellas una gracia naciente que iba más tarde a llenarse de sentido y fuerza perdurables.

\* \* \*

Varios escritores volvieron por entonces a plantear en Colombia la necesidad de que el poema participase de la vida y de las aspiraciones del pueblo en lucha. Este llamado coincidía con la vasta agitación política que se extendió, a lo largo de oscuros acontecimientos durante interminables días y noches sangrientos, desde 1946. La mayor parte de los intelectuales estaba del lado de las gentes vencidas y humilladas. Algunos quisieron que su obra reflejase aquella ola trágica y pudiese servir de aliento a la insurgencia popular. Se discutía acerca de la eficacia que acaso lleguen a alcanzar, en este sentido, la literatura y las artes; si se trata de tal eficacia a través de la poesía, nuestro escepticismo, por razones antes explicadas que ahora no vienen al caso, siempre se ha mantenido irreductible.

*Presencia del hombre* no corresponde con exactitud, en 1947, a este tipo de poesía combatiente que se pregonaba, pero en sus versos es visible un sentimiento de amor y de solidaridad hacia las batallas del hombre contemporáneo. El poeta quiso objetivar su acento: no son sus personales angustias las que le obsesionan, sino aquellas en que interviene el sino de la colectividad. El hombre, el semejante, el hermano, se hacen presentes. Una esperanza de redención se agita en ese libro vibrantemente. Si afirma con orgullo la soberanía del hombre, es asimismo para reclamar el deber imperioso de su libertad. La voz de la poesía anhela confundirse con la voz humana. Sin entrar de lleno en la arenga, serenando, embelleciendo el eco de sus palabras, el poeta expresa la esperanza de un mundo futuro, más feliz y armonioso, en el que el hombre pueda realizar la plenitud de su destino.

Gaitán Durán, por otra parte, iba a mantener siempre despierta una preocupación lúcida por la suerte de nuestro pueblo, manifestada a través de diversos escritos en prosa, o en problemas denunciados en la revista "Mito", o en su trabajo ocasional de columnista de diarios y gacetas políticas, o en ensayos de aguda perspicacia como el que en 1959 intituló *La revolución invisible*. Desechó la idea de que pudiese existir una calidad intelectual independiente de la calidad humana: "Todo edificio estético —dijo— descansa sobre un proyecto ético. Las fallas en la conducta vital corrompen las posibilidades de la conducta creativa". En esta convicción se afirmaban sus inquietudes sociales.

\* \* \*

Mas no podría entenderse con facilidad el caso de un joven que permaneciese indefinidamente fiel a una manera de la poesía. El poeta vive obsesionado por el problema de la expresión, es decir, por las reducciones que el lenguaje impone a la intuición lírica. Su drama inicial, como ar-

tista, radica en el reconocimiento de que el ejercicio de las palabras apenas asoma a la región menos silenciosa de su experiencia o de su sueño. Jorge Gaitán Durán escribe poco después (aparece fechado en Bogotá, abril de 1949), el poema *Asombro*, editado dos años más tarde.

El asombro del sexo, de la belleza y de la angustia del sexo, constituye el tema de estos versos y va a ser preocupación central, aunque no excluyente, en la obra posterior suya. Gaitán Durán, impresionado primero por lo sentimental y más tarde por lo social, quería ir entonces, como varios de sus compañeros de generación poética, a la búsqueda de lo personal profundo. Que el conocimiento del hombre sobre sí no avanza al paso de la civilización, es la queja de varios poetas contemporáneos. Mas sabido es que este género de poesía, entre cuyos ejemplos se advierte una aventura tan resuelta de sumergirse y ahondar en el misterio humano, ha caído también en la adoración de los vocablos. Casi podría afirmarse con desesperanza que el poeta, obligado como está a valerse de las palabras, materia de su arte, será siempre esclavo de ellas. Esclavo de sus limitaciones. Esclavo también de sus excesos.

¿Era este el caso de *Asombro*? El poema, en persecución de su eficacia, no se atrevía a “violar” la palabra. Yo recuerdo haberle requerido una poesía tan alejada de las viejas como de las nuevas retóricas. Su vacilación de entonces, con respecto al futuro de su propia obra, era patente en la selección que de la misma hizo para una antología de nuevos poetas colombianos (publicada en 1949 en “Espiral”), y en la que, junto a poemas de *Presencia del hombre*, incluía apenas una muestra de los que venía escribiendo con la intención hermética y a la postre verbal de *Asombro*. Ante mi reclamo, me decía en una carta: “Tal vez te parecerá pueril: pero desde el momento en que me liberé de ciertos problemas, pude considerar *Asombro* nada más desde un punto de vista poético, y me pareció que publicarlo, alejarme de los sentimientos que lo engendraron, a través de la edición, significaba para mí la superación de una época amarga y torturante. Al mismo tiempo yo afirmaba así la pretensión de que toda obra de arte —aun cuando en el presente no corresponda ya a los sentimientos y pensamiento del autor— es respetable si obedeció a un auténtico impulso vital...”.

*Asombro* muestra el encantamiento ante el poder misterioso del sexo: de ahí la glorificación que en él se hace de esa “oscura mitad” de la existencia, de ese lado estremecido y combatido donde el cuerpo humano irradia su luminosidad más intensa. El amor es ese solo momento supremo que confunde a la realidad con la imaginación. Desde esos versos, Gaitán Durán reflexiona intensamente acerca del erotismo. Una parte del infierno del hombre radica en el obedecimiento a su instinto. El lo dijo así: “Cada ser siente o vislumbra en ciertos instantes de sigilo trémulo que el erotismo introduce en la vida un elemento de placer y de fiesta, pero también de desorden y destrucción” *El libertino*, poema fechado en 1953, se interna también, con hermosura delirante, en un tumulto donde vagan sonámbulamente la sed y la nostalgia del deseo.

\* \* \*

La convicción de que el poeta es un ser a quien la sociedad contemporánea tiende a extrañar en el aislamiento y en el vacío ha movido a algunos, yendo al pasado, hacia aquellas figuras en las que la lucha por la libertad del hombre encarna su mayor rebeldía. Una de esas figuras es la del marqués Alfonso Francisco de Sade. En la obra de este gentil-hombre, en su perverso resplandor helado, halló Gaitán Durán estímulo a sus obsesiones sobre la experiencia erótica. La felicidad, pensaba Sade, consiste en la entera satisfacción de los deseos. Para alcanzarla, es preciso destruir todos los prejuicios y apartar todos los temores: solo así logra el hombre realizarse.

Entre los aspectos que trató Gaitán Durán en su ensayo sobre este personaje se destaca el relativo a la notable contribución que prestó Sade a la soberanía de la literatura. Sade se propuso, como acaso nadie, expresar la verdad, toda la verdad, hasta deshacer con furia los velos que imponen la ignorancia y la esclavitud. Esa ambición, cuya práctica llena de escándalo la obscuridad y el silencio de las épocas, le otorga una entidad que resulta difícil negar o siquiera discutir. El "desnuda al hombre para ofender a la sociedad, porque la sociedad ofende al hombre". Sade pertenece a esa rara familia de escritores que, ante una humanidad verdaderamente "sádica", se siente en la obligación de decir la verdad a todos los hombres. De ahí la soberbia y la iluminación de su acento. De ahí la soledad y la cólera de su deseo.

*El libertino y la revolución*, título de ese ensayo, se interna en problemas que algunos quisieran eludir, pero cuya presencia sigue hoy agitando la conciencia privada y la conciencia pública, como en los días en que Sade, solo y desestimado, poblaba con manuscritos el desamparo de su celda. El texto de Gaitán Durán responde a un propósito de claridad y de veracidad. Su ejecución ofrece una muestra de su tacto para el planteamiento de materias cuyo rostro final culmina, legítimamente, en el dominio de la poesía. El poeta Gaitán Durán era un hombre desvelado en su propia pasión. Los versos de René Char, que sirven de prólogo, definen con plenitud su inteligencia poética: *Le poème est l'amour réalisé-du désir demeuré désir.*

Sade, a pesar de su satanismo, de su lujuria, de sus pretendidos crímenes, representa un tipo de héroe humano que la sensibilidad moderna estima en oposición a ciertos valores tradicionales y en la búsqueda de lo absoluto bajo todas las formas del placer. Su caso no era simplemente de inadaptación ante las instituciones sociales: sino la lucidez de una insurgencia. Es lo que en el ejemplo suyo, aparentemente imposible, merece ser resaltado. Los personajes de Sade pertenecen, por ello, a la vida y a la imaginación de nuestro tiempo.

En los poemas de *Amantes* (1959) Gaitán Durán muestra bellamente cómo el erotismo es el resplandor culminante de toda vida y de toda naturaleza. Dos cuerpos que se aman, fundidos en uno solo, arden en el incendio de su piel, a solas, en una palpitación simultánea a la armonía de las esferas. Pero los cuerpos, mientras se abrazan, no pueden contemplarse. Únicamente a través de la palabra vemos cómo somos en el momento en que nos consumimos en la tensión erótica. La poesía realiza así al deseo.

El poeta quiere vivir los nombres de la carne, tocar los vocablos que designan la celeste carne, poema solitario que descubre sobre la tierra. Pero el mundo de los amantes es de ferocidad y de melancolía: "Sus bocas están juntas, mas separadas siguen las almas". Dos desconocidos de siempre, dominados por el rencor, el tedio, la sospecha, se acogen a la sombra; estrechándose, apenas logran dar tregua a sus cicatrices. El abrazo y la muerte se entrelazan en un movimiento diabólico:

*Desnudos afrentamos el cuerpo  
como dos ángeles equivocados,  
como dos soles rojos en un bosque oscuro,  
como dos vampiros al alzarse el día,  
labios que buscan la joya del instante entre dos muslos,  
boca que busca la boca, estatuas erguidas  
que en la piedra inventan el beso  
solo para que un relámpago de sangres juntas  
cruce la invencible muerte que nos llama.  
De pie como perezosos árboles en el estío,  
sentados como dioses ebrios  
para que me abrasen en el polvo tus dos astros,  
tendidos como guerreros de dos patrias que el alba separa,  
en tu cuerpo soy el incendio del ser.*

\* \* \*

La fatalidad del destino, como si se tratase del suyo propio, es otro de los temas que incitan, con misteriosa obstinación, la poesía de Jorge Gaitán Durán. "No somos más que máscaras que el destino dirige como quiere", repite, previendo todo posible desenlace, el coro de mujeres de *Los hampones*, ópera con música de Luis Antonio Escobar cuyo texto escribió a mediados de 1961. El hombre, además de ser ese desconocido de sí mismo, ignora también todo lo que ocurre a su alrededor. La lucha entre inteligencia y acción, que allí se plantea, establece la desconfianza última ante la pasividad de aquella y la osadía de esta: como la acción, la inteligencia tampoco puede nada contra su enemigo el destino. El resultado final nos envuelve en un encadenamiento escéptico. El ansia de vivir y la seguridad que da la fuerza se frustran ante los intereses del poder. El hombre inteligente está condenado al aislamiento. Mas tampoco vale la pena trocar inteligencia por vida, ya que la servidumbre parece ser la consecuencia más evidente de la acción.

\* \* \*

Los poemas gnómicos que, con el nombre de *China*, aparecieron en marzo de 1962 en la revista "Eco", los escribió Gaitán Durán con anterioridad a *Amantes* y a *Si mañana despierto*. Están fechados en 1952-1955. Las motivaciones del amor y de la muerte no se aminoran en estos sutiles versos, con instantáneas fulguraciones, avidez, luces y terrores juntos. El vocablo reconquista sus significaciones a medida que concentra la intensidad del pensamiento y la emoción:

*Ni tú en mi lecho, dormida,  
ni mi libertad despierta,  
pueden abrirme la puerta  
de la existencia perdida.*

*Quedó desnuda. Toqué  
ese cuerpo fugitivo  
y a la muerte le arranqué  
la gloria de verme vivo.*

*Vase nuestro orgullo al fin.  
La muerte es puro servir.*

La concisión y la imaginación se alían en esas breves estrofas que nos conducen hacia un mundo de interrogaciones y sombras imprevistas. El gozo de vivir no excluye la certeza del vacío. La eternidad, la hora, el instante, desasosiegan al hombre. Un huracán inextinguible agita melancólicamente esta grave meditación sobre el tiempo que, con frecuencia, es el poema.

\* \* \*

En *Si mañana despierto*, de diciembre de 1961, se plantea la inminencia de la muerte. Me recordó este título, sigue recordándome sin proponérselo, aquellos versos de Ramón López Velarde: “¡Lumbre divina, en cuyas lenguas —cada mañana me despierto: —un día, al entreabrir los ojos, —antes que muera estaré muerto!”. En este libro, el último que publicó Gaitán Durán, se apodera de su poesía la certidumbre de la simultaneidad del amor y la muerte: “Los hombres —dice— saben que van a morir; la más rara lucidez es permanente recuerdo de la muerte, por lo tanto del ser. Recuerdo que estalla en el instante erótico y que culmina en el olvido del ser individual”.

La combinación de poesías y textos en prosa, en esas páginas, obedece a un rasgo acentuado de manera cada vez más firme en la obra de Gaitán Durán. El poema busca, más allá de las palabras y de la imagen, ese innombrable momento en el que la emoción intelectual coincide con la vibración lírica. En la poesía de Jorge Gaitán Durán se reflejan problemas de la inteligencia que, por su reiteración e intensidad, constituyeron parte del ser profundo del poeta.

El paisaje natal asoma en estos versos. Se adivinan el cielo de Cúcuta, su soleado espacio, sus nubes, el hervor perpetuo de la tierra bajo una luz de larga transparencia:

*“Toco con mis labios el frutero del día.  
Pongo con las manos un halcón en el cielo.  
Con los ojos levanto un incendio en el cerro.  
La querencia del sol me devuelve la vida.  
La verdad es el valle. El azul es azul.  
El árbol colorado es la tierra caliente.  
Ninguna cosa tiene simulacro ni vida.  
Aquí aprendí con el vuelo y el río”.*

Su paisaje —en el que, a pesar del trópico prodigioso, predomina una desierta blancura— es paisaje puramente interior. Apenas sirve al recuerdo: la infancia y la familia. O los muertos de su casa, largamente aludidos en anteriores poemas. El clima de su corazón era cálido y luminoso y en él se detuvo varias veces el sol de Colombia: Gaitán Durán no canta el resplandor solar sobre las cosas, su brillo sólido e inmóvil en el tiempo, sino que lo retiene, secreto, fundido a la memoria más íntima.

Los fragmentos en prosa del *Diario*, que acompañan a los poemas de *Si mañana despierto*, no se proponen un designio poético inmediato, aunque en ellos aparecen algunos desarrollos que pudieran ser tomados como ampliación de los asuntos de su poesía. Entre estos vuelve el erotismo, entendido tanto en lo que se refiere al desnudo y deslumbrador momento de la conjunción amorosa, como a sus proyecciones hacia la muerte, el vacío y la soledad humana. La invasión fúnebre penetra fantasmalmente dos seres que se consumen en el abrazo. Una copa de terror bebe el amante junto al cuerpo amado. El poema persigue aquel éxtasis imposible de retener por otro medio: "Solo la poesía puede capturar el erotismo".

En la poesía de Jorge Gaitán Durán persevera, en ráfagas insaciables, una voluptuosidad que se mira a sí misma. Preocupada, su actitud persigue el descubrimiento de aspectos más recónditos de los que a primera vista se sospechan en el amor. "Los cuerpos ayuntados —dice— son himno, poema, palabra. El poema es acto erótico". Gaitán Durán comprueba que el hombre y la mujer que se aman son calavera y son huesos y son muerte antes de la muerte. El epígrafe de Quevedo, insistente de ruinas y defunciones, nos da una de las claves de este hermoso libro. El de Novalis, reiterando el de Luis Cernuda en *Los hampones* sobre las relaciones entre los mundos visible e invisible, nos acerca a lo desconocido: la única realidad que deseáramos. La poesía de Gaitán Durán, en medio de la apariencia de la belleza física y de la sensualidad, se agita entre estas inquietantes preocupaciones:

*Se que estoy vivo en este bello día  
acostado contigo. Es el verano.  
Acaloradas frutas en tu mano  
vierten su espeso olor al mediodía.*

*Antes de aquí tendernos no existía  
este mundo radiante. Nunca en vano  
al deseo arrancamos el humano  
amor que a las estrellas desafía.*

*Hacia el azul del mar corro desnudo.  
Vuelvo a ti como al sol y en ti me anudo,  
nazco en el esplendor de conocerte.*

*Siento el sudor ligero de la siesta.  
Bebemos vino rojo. Esta es la fiesta  
en que más recordamos a la muerte.*

La poesía de *Si mañana despierto*, que en parte nace de la inteligencia, no corresponde, a pesar de sus desvelados orígenes, al destino exclusivo de una desolación mental. En manera alguna este poeta podría tomarse como a un desengañado del mundo. Su poesía es leal a su vida. Su vida amaba apasionadamente a la vida. El universo le incita a través de poderosas seducciones. La sospecha de la nada apenas insinúa sus sombras. Estos poemas participan con ansia del calor y el rumor de la existencia, pero no ceden a sus halagos sino que intentan abarcarla toda, ir más allá de su gozo, con amor y violencia, en un perpetuo ademán de deslumbramiento. La vida arde y, entre tanto, despertamos del tiempo. El poeta es consciente de la soledad y del afán de cielo y tierra que agudiza su desamparo:

*Soledades del cielo, las estrellas;  
los hombres, soledades de la tierra.*

Una voluntad de vida y deseo se yergue melancólicamente y desafía, impetuosa, la helada vehemencia de la muerte: "Precisamente porque no olvido la muerte, creo con pasión en este mundo". Ante la seguridad de su destrucción física, no se allana a rendirse, sino que quiere "vivir cada día en guerra, como si fuera el último". Ese día postrero dirá: "Hoy te pago el ansia con que viví cada momento".

Dentro de la perspectiva de unos años, es admirable comprobar cómo la poesía de Jorge Gaitán Durán, en *Si mañana despierto*, gana en intensidad, en plenitud, en rigor. Al tono lleno de luz y de gracia, que sorprendió desde el primer momento, se añade en sucesivos ejemplos un grave don expresivo empeñado en manifestarse, con hondura y originalidad, dentro de algunos de los temas más sugestivos de la lírica contemporánea. El mismo lo dijo allí: "cuando la muerte es inminente, la palabra —cada palabra— se llena de sentido. La sentimos nacer al fin grávida, indispensable. Esplende lo que por años había sido nuestra duda: su fasto, conquista del mundo".

\* \* \*

"La poesía es un combate contra el lenguaje". Esta sentencia de Alfonso Reyes apoyaba a Gaitán Durán en el pensamiento de que el poeta contemporáneo está colocado en una "situación" que exige de él, ante las circunstancias concretas, una definición: el lenguaje viene a ser su herramienta. La validez de la poesía radica entonces en la capacidad del poeta para "convertir en herramienta el lenguaje". El poeta asume el empeño de ser expresión de sí mismo y de los hombres. Su compromiso, como él lo señalaba en el caso de César Vallejo, no es con una determinada ideología, sino con la condición humana. El poeta se entrega a descubrirla y delatarla.

Gaitán Durán era consciente del obstáculo que al poeta plantea la incapacidad del lenguaje para traducir al hombre. La tensión del poeta ante la palabra se origina por la necesidad ineludible de que su revela-

ción llegue en términos de exactitud y de belleza. Al poeta no le es útil la lengua heredada, sino que, para realizar el poema, deberá “transformar” el vocablo.

Con el esbozo anterior, el ensayo suyo intitulado *De las retóricas* constituye una nueva contemplación de este problema inmemorial: “el poeta —dice en él— para cumplir su deber esencial, la poesía, encuentra un lenguaje definido por otras épocas, desprovisto de libertad, convertido en el poema que “ha sido” y cuyas transformaciones han ido quedando inexorablemente atrás de las transformaciones de la vida. En su persecución de lo humano, ha tropezado desde el comienzo contra los límites estéticos, no únicamente el dibujo de los clásicos o la interrogación de los románticos o el sueño de unidad instrumental de los modernistas, sino además cierta tiránica disposición interior: el poeta no solo “se expresa” sino “necesita expresarse” con fasto. No solo debe dar respuesta a su situación, sino tiene que hacerlo —y ahí reside la tensión— en términos de doble verdad: eficacia y belleza. Su lucha es de nuevo —y a ello llega por el camino entrañable— una lucha por la palabra, una palabra que signifique y a la vez que rutila: el vocablo poético debe llevar al reino del “otro” la pesadumbre de la existencia humana y a la vez tener vida propia: gloria. Es en última instancia la misma historia del hombre: dividido entre la eternidad abrumadora del signo y ese descubrimiento de su ser que es la violación del signo, hay días tremendos en que quiere “decirlo todo”, gritar su angustia o su júbilo, y el lenguaje —seco, enterizo, objeto ya, tradición— no le deja decir nada, lo vuelve poca cosa. Pero las palabras del hombre se pierden o envilecen en la viscosa cotidianidad, resbalan sobre la opaca superficie que son nuestros semejantes y siguen girando como astros apagados entre impenetrables cosas: las del poeta quedan consignadas, petrificadas en el poema como la sabiduría en la estela, constituyen prueba de su culpa o de su impotencia, revelan la carrera por el laberinto moderno entre nuestra indigencia, dolor y lodo de cada hora, y el verbo color de incendio, inmortal y suntuoso, con que debemos comunicárselo a los demás para que la comprendan y le pongan fin. Mientras el escritor o el intelectual o el científico pretende y puede hoy reformar el mundo, el poeta vive en el infierno”.

\* \* \*

Una valoración más exacta de la poesía de Jorge Gaitán Durán —que el título de las presentes líneas no pretende insinuar olvidada— tendrá que detenerse con amplitud ante varios de los temas aquí aludidos. O logrará, desde otras perspectivas, un análisis que permita admirar rasgos diferentes. He tratado de mencionar algunas cuestiones cuya sola cita, así de breve, sirva acaso para vincular sus poemas a la inquietud espiritual que era en ellos inspiración verdadera. Desde luego, el esplendor de su poesía es para mí inseparable de su recuerdo personal, aunque objetivamente tal impresión carezca de validez. Al surgir de estas notas ha sido continua su presencia, un porfiado avanzar de hechos que creía perdidos en la memoria, una como llovizna en que se mezclan asordinaadamente días y voces de irrepetible figuración. Su vida es su poesía, que a primera vista podía parecer fruto de la inteligencia solitaria.

Hojeo, interesado, páginas de su *Diario* y aparecen súbitos relámpagos que iluminan matices secretos. De pronto, al azar, una justificación de su viaje a Europa en 1959: "Más que "por algo", se viaja "contra algo"... "Siempre viajamos hacia el paraíso"... No se si se haya advertido el simbolismo del avión: "volamos", nos hemos desprendido de nuestra condición terrestre y ascendemos en busca de una condición a la vez nueva y antiquísima... para restaurar la comunicación original —luego olvidada— entre el hombre y los dioses". Y el 29 de marzo de ese año, en Guadalupe, la referencia a un escenario que dos años más tarde está próximo al de su muerte: "...Ultima noche en América... En el aeropuerto, bajo el cielo estrellado de las Antillas...". Estadía, por algún tiempo, en Europa: la penúltima. Entonces debió escribir ese extraño poema que es *El regreso*:

*El regreso para morir es grande.  
(Lo dijo con su aventura el rey de Itaca).  
Mas amo el sol de mi patria,  
el venado rojo que corre por los cerros,  
y las nobles voces de la tarde que fueron  
mi familia.*

*Mejor morir sin que nadie  
lamente glorias matinales, lejos  
del verano querido donde conocí dioses.  
Todo para que mi imagen pasada  
sea la última fábula de la casa.*

Luego volvía, iba, regresaba. Colombia jamás dejó de serle una de sus preocupaciones más sinceras. La amaba, como se ama de verdad, exigentemente, sin perdonar errores, ni falacia, ni desvíos. Cuando en sus poemas aparece alguna referencia a ella, es para soñarla hasta el fondo remoto de sí mismo. Su pasión intelectual le imponía una ética nada indiferente al trato de las situaciones concretas. Sin admitir, como poeta, compromisos extraños a la creación de su arte, como hombre sabía comprometerse en lo cotidiano. Lo cotidiano era la patria: sus gentes, sus angustias, sus convulsiones, su presente y su futuro. Era un ciudadano alerta de su país y de su época.

Que va a ser difícil olvidarle, lo sabemos: está vivo, al lado. Nos acompaña en recuerdos, libros, poemas, pensamientos, nostalgias, proyectos, con toda la energía de su inteligencia y la profundidad de su corazón. La tarde de ese 22 de junio cuando, contra mi esperanza, me cercioré de la noticia de su muerte, en medio de la sensación aturdidora y desconcertante pude pensar que el dolor de muchas gentes, y no solo de nuestros amigos, iba a ser también por un infortunio de Colombia. Digámoslo claramente: su desaparición, en una madrugada del Caribe, mientras volaba por la oscuridad y la borrasca acercándose ya a estas costas, es una de las pérdidas mayores de nuestra poesía. Mas su presencia y ejemplo son inmarchitables. Escuchemos cómo su voz delira bajo la amarga hermosura de la tierra. No callas, Jorge: tu palabra despierta en mitad de nuestro silencio.